

**PARTICIPACION POLITICA  
Y CALIDAD DE VIDA  
EN AMERICA LATINA**

\* José Fernando Montoya Ortega

## **PARTICIPACION POLITICA Y CALIDAD DE VIDA EN AMERICA LATINA**

**\* Soc. José Fernando Montoya O.**

El autor explora el tema de la calidad de vida de una manera profunda y centrada en la dimensión humana y particular en lugar de la idea de progreso material que ha sido la principal preocupación de algunos modelos de desarrollo. La calidad de vida es entendida en este trabajo desde el punto de vista más amplio de la participación política de los ciudadanos, las condiciones sociales de la población y, de cierto modo, reivindica la primacía del humanismo sobre la tecnología. Sobre este último tópico el autor advierte que se hace necesaria una selectiva apropiación de la tecnología para establecer cuáles modelos y valores culturales entran en conflicto con la realidad Latinoamericana.

## **POLITICAL PARTICIPATION AND THE QUALITY OF LIFE IN LATIN AMERICA**

The author explores the question about the quality of life of a country in a deep way and focusses the human and particular dimension. Instead of the progress idea, that has been the main concern of some development models. Quality of life is understood in this work as the broad field of citizens political participation, the social conditions of the population, and, in some way, the primacy of humanism over technology. This last issue is proposed by the author through a selective appropriation of technology, in order to avoid models and cultural values that are in conflict with Latin America reality.

Puede parecer paradójico, pero en los últimos años la lucha por el mejoramiento de la calidad de la vida va dejando de ser un lugar común dentro de la retórica política, para ser reconocida como un hecho real en el marco del proceso de desarrollo cultural de la sociedad contemporánea y en particular en la del denominado Tercer Mundo.

La referencia al mejoramiento de la calidad de la vida no cubre solamente los aspectos de orden ecológico, sino que compromete en su extensión a los modelos de desarrollo socio-económico y la expresión de estos modos de vida concretos espaciales y temporales.

En esta búsqueda por el mejoramiento de la calidad de la vida, se han ensayado diferentes alternativas, con predominio entre ellas la de carácter economicista, ésta pretende lograr el desarrollo como consecuencia de la intervención en términos de crecimiento sobre las variables de la producción, la distribución y el consumo, descuidando los factores que relacionan el hecho económico con el político y su lógica repercusión en el ámbito socio-cultural.

En las últimas cuatro décadas de desarrollo, con resultados discutibles de beneficio social, se han experimentado grandes tensiones debido a modelos de libre mercado o de planeación tecnoburocrática, o de combinaciones político-económicas, en la que la participación social con formas orgánicas autosuficientes resultó casi nula. Estos modelos aplicados sobre la base de altos costos sociales, no han logra-

do sino la heteronomía de la sociedad, su inconciencia, su debilidad, su dependencia, en tanto se ha fomentado el derroche consumista en las clases acomodadas en medio de la creciente miseria de los sectores mayoritarios de la población y la indigna realidad de violencia y represión.

“Escribir sobre calidad de vida nos obliga a plantear una definición de hombre. Ya no podemos seguir utilizando las enormes listas de necesidades sociales y económicas, sino que, el propio término calidad de vida nos conduce a concebir a un hombre social vinculado a su ambiente como un todo orgánico .... Sin embargo, calidad de vida del hombre es algo más que la calidad de su ambiente, y de él como parte integrante. La calidad de vida tiene que ver también con la condición social y con las relaciones entre los demás hombres. La libertad cultural, religiosa, política, etc., son también componentes de este concepto”. Ovalles, Omar. 1985.

Por consiguiente, la expresión “calidad de la vida”, no implica un significado único, está íntimamente vinculada a lo que los individuos organizados socialmente consideran como calidad. Los esfuerzos por el mejoramiento de la calidad de vida no deben constreñirse a la simple superación en lo material, por el contrario, deben garantizar el derecho imprescriptible de cada comunidad a definir su propio destino.

Después de la Segunda Guerra Mundial,

se impuso un modelo de desarrollo cuya característica principal fue homogenizar la tecnología a nivel mundial, despreciando, de paso, las determinantes naturales y culturales de cada sociedad.

“El desarrollo de los países periféricos debería ser inducido, en buena medida, por el crecimiento económico del mundo industrializado” (Sunkel, O. 1981). La industrialización y la urbanización fueron consecuencia lógica de este modelo, sin que, en términos reales, se diera acompañado de cualificación efectiva en la calidad de la vida.

Como resultados palpables de este estilo de desarrollo, están los grandes costos sociales que ha generado y la consecuente inoperancia del Estado y de la clase política que lo sustenta, cuando se trata de ofrecer nuevas alternativas basadas en la interacción creadora entre economía, política y medio ambiente.

El problema de la calidad de la vida se está constituyendo gradualmente, en un dinamizador de la lucha por la participación democrática de los diferentes sectores sociales en los procesos de decisión, en el medio único para garantizar el desarrollo en consonancia con los valores culturales.

La crisis de este modelo de desarrollo se acelera a partir de los siguientes hechos:

1. La incertidumbre generada por el cálculo del posible agotamiento de recur-

Los recursos naturales vitales en el marco del actual modelo de desarrollo, advertido en el informe del Club de Roma titulado "Los límites del crecimiento", (1972).

2. La crisis del petróleo por el manejo político de su precio y el contexto social de enfrentamientos bélicos en el cual se hace su explotación.

3. El impacto de la recesión, la desocupación y la inflación que alteró el optimismo de los países metropolitanos.

4. La incapacidad económica de los países del Tercer Mundo para atender al pago de su deuda externa, lo cual se traduce en falta de confiabilidad en las relaciones con las agencias prestamistas y crisis en los programas de inversión social.

5. El caldeado ambiente de relaciones internacionales en el cual los conflictos armados son una permanente amenaza para el necesario bienestar de la humanidad.

Frente a estos factores que entrañan incertidumbre, se siguen proponiendo alternativas de orden unilateral, continuando por la senda de un mal entendido desarrollo en términos de crecimiento. Es el caso especial de la exaltación de la tecnología como único medio para superar las grandes limitaciones que hoy enfrenta el Tercer Mundo.

En dichas formulaciones no se tiene en

cuenta que las tecnologías no son variables independientes del desarrollo. En términos de A. Reddy, "La tecnología se parece al material genético que lleva el código de la sociedad que lo concibió y desarrollo y que, encontrando un ambiente favorable, trata de reproducir esa sociedad".

En consecuencia, el análisis del problema de la calidad de la vida y la elección de tecnologías tiene que ver con la opción de desarrollo y, aún más, con el régimen político de una sociedad. Celso Furtado considera que nuestra industrialización fue conducida "en el cuadro de un desarrollo imitativo, que reforzó tendencias atávicas de nuestra sociedad, al elitismo y la opresión social" fundamentado en "el autoritarismo político, que neutraliza todas las formas de resistencia de los excluidos". (Furtado, Celso, en "Qué Somos ?". Revista Brasil, año I, No. 2, 1984).

En la mayoría de los países de América Latina, la estructura política en su acción, concuerda con un estilo de desarrollo libre de toda sensibilidad hacia los problemas sociales, y en su afán de imponer alternativas tecnológicas no ponderadas, atenta irracionalmente contra los valores representativos de la identidad cultural específica de cada nación latinoamericana. (Alves de Brito, Octavio, 1985).

La modalidad política acompañante de este proceso ha sido la tecnocracia que, a su vez, lleva consigo el rechazo a la auto-

mía de las colectividades locales y la falta de respeto a las tradiciones culturales, haciendo cada vez más incidente la presencia del Estado mediante sus diferentes formas de intervención y de control de la opinión pública.

La tecnocracia pretende reducirlo todo a una tecnología eficiente.

De otra parte la democracia, por la incidencia misma de la tecnocracia sobre el proceso político, ha caído en situación de inercia, caracterizada por la falta efectiva de contenidos en términos de participación real de la comunidad. De allí que adopte varias presentaciones: la "partidocracia", la "grupocracia", la "gerontocracia o senilcra-cia", la "ricocracia" y, en los últimos años, la "narcocracia" en algunos países de la región.

Infortunadamente, el mejoramiento de la calidad de la vida bajo los mencionados sistemas de gobierno es poco probable, pues a ellos va unida la corrupción tanto en la esfera pública como en la privada, esta corrupción se ha constituido en una forma de vivir que toma cuerpo en el individuo y que, por cotidiana, se hace familiar y casi que consustancial en estas deformaciones de la democracia.

El conjunto de conflictos generados e inmanejables para estas modalidades de gobierno, por razones obvias, trata de ser regulado cíclicamente por las dictaduras mili-

tares, las cuales actúan como recurso anti-biótico.

En América Latina se da, viniendo por el sur (Perú, Argentina, Uruguay, Bolivia, Brasil), un revivir de las democracias parlamentarias como sucedáneas de las dictaduras militares desastrosas, que en su momento fueron implantadas férreamente ante impulsos populares, reformistas o revolucionarios, que pugnaban por transformar estructuras socio-económicas.

Estas democracias heredan sin embargo un fardo de graves situaciones y obligaciones, inflación, devaluación, deuda internacional, producción orientada a la agro-exportación, enclaves industrializadores con gran dependencia del exterior, población con escasas alternativas económicas y aún con modelos clásicos de política partidaria, que no permiten por hoy ser optimistas". Lopezllera, Luis, 1987.

Los factores antes reseñados nos conducen a tener en cuenta las fuerzas externas que hacen de América Latina una región influenciada por los cambios que se suscitan en los centros del poder a nivel mundial.

El principal factor de diferenciación entre la América anglosajona industrial e imperialista y la América Latina es el desigual desarrollo.

En América Latina, a juicio de Jacques

Lambert se identifican tres tipos de grupos Estados: Los países de estructura social evolucionada homogénea: Argentina, Uruguay y quizá Chile; los países de estructura social y económica dualista, con regiones, ciudades o sectores económicos avanzados, y vastas extensiones de economía rural tradicional o arcaica, México, Brasil, Colombia y Venezuela, y, finalmente países de estructura arcaica que agrupa todo el resto de América. (George, Pierre, 1983).

La influencia del período colonial, permanece bajo dos formas: el fraccionamiento político y la persistencia de estructuras sociales tradicionales. La descolonización se realizó bajo el signo del fraccionamiento político del continente, lo que es en buena medida causa de la fragilidad de las sociedades locales frente a la influencia del poder exterior.

La división política es mayor en la América Central, ya que sólo en la zona del Caribe, existen 16 unidades políticas con una población de 100 millones de habitantes. Si se excluye México con sus 60 millones de habitantes quedan 40 millones para ser distribuidos entre 15 Estados que, por su particular ubicación geopolítica se encuentran bajo permanente tutela de las potencias, agravada por la disponibilidad permanente del país vecino para servir de base para una intervención en favor de un golpe de Estado.

### **La inestabilidad política y la sensibilidad a las ideologías revolucionarias.**

Desde hace medio siglo en algunos países de la región, a causa del influjo del modelo de desarrollo ya descrito, se ha provocado el nacimiento de una clase media urbana que aspira a la "cultura" y adopta posiciones de base dirigente.

Paulatinamente, frente a las tradiciones del caciquismo y del coronelismo, y más tarde del caudillismo, fundamentados en compromisos personales y conductas de clientelismo político, aparecen unas ideologías que rápidamente evolucionan del constitucionalismo o del parlamentarismo de inspiración europea, de gran fragilidad, e inspirador de las frecuentes dictaduras militares, hacia formas socialistas y revolucionarias de gobierno.

Pero en la práctica social, todos estos cambios en lo gubernamental no han afectado profundamente a las estructuras sociales ni a las relaciones internacionales. No sucede así con las perspectivas de revoluciones económicas y sociales de nuevo tipo. Es el caso de la revolución cubana y la Sandinista que generan al mismo tiempo la esperanza y el temor.

Otros intentos por establecer un nuevo orden político han fracasado como es el caso de los de tipo insurreccional (guerrilla)

o de tipo constitucional, el caso Allende en Chile.

La mayoría de los gobiernos de América Latina, enfrentan hoy presión creciente por parte de amplios sectores de la población que demandan, por diferentes medios, una mayor atención referente a la cobertura de servicios básicos y a la satisfacción de sus derechos fundamentales: el derecho a la vida, al trabajo, a la salud y a la educación.

En el marco de estas demandas se están desarrollando movimientos de pobladores urbanos y rurales caracterizados por "acciones colectivas de la población en tanto usuaria de la ciudad, es decir, viviendas y servicios; acciones destinadas a evitar la degradación de sus condiciones de vida, a obtener la adecuación de éstas a las nuevas necesidades o a perseguir un mayor nivel de equipamiento". Borja, Jordi. 1984.

Estas acciones enfrentan a la población, en tanto que consumidora, con los agentes actuantes sobre el territorio y, en especial, con el estado, el cual tiene que generar acciones de atención inmediata, que afectan de una u otra manera la relación socio-política sobre el sistema urbano y nacional.

Estos movimientos sociales urbanos y regionales, incluyen una variable que merece especial atención cuando se trata de abordar la problemática nacional en un mundo de relaciones interdependientes, y la del cuidado que merece el proceso social

en toda su complejidad, el cual no puede ser reducido en su tratamiento a la intervención de orden economicista.

La actividad dinamizadora de la participación política en América Latina está fundamentada en los procesos sociales de distintos sectores de la población que demandan mayor cuidado a la satisfacción de sus necesidades vitales. Esto está exigiendo un replanteamiento en la acción del Estado, el cual, paulatinamente, tendrá que salir por fuerza de las circunstancias de la situación de inercia en que se encuentra, encasillado en el control coyuntural de conflictos de orden estructural.

Participamos de una realidad social en la que están emergiendo nuevas instancias entre los sectores que la conforman. Paulatinamente se refuerza el concepto y la vigencia de la sociedad civil. Es ilustrativo el caso de ciudad de México, a raíz del terremoto de septiembre de 1985, ante la incapacidad del Estado para ser protagonista en la búsqueda de soluciones, fue rebasado por el actuar espontáneo y creativo de grupos, instituciones y movimientos sociales. En la mayoría de los países de América Latina los medios políticos formales han sido superados por la magnitud de la crisis.

El reto está en sintonizar la dinámica de un proceso de participación social y política que ha superado los parámetros formales de la conducción del Estado de tal forma que sea posible acompañar el



esfuerzo de innovación que desde los sectores mayoritarios de la sociedad Latinoamericana pugnan por formas de convi-

vencia social en las cuales se atienda a la realización del hombre mismo, en su dignidad de persona humana.